

conocen.—«¡Pobrecita de Fulana! dicen, ¡qué mala vida pasa con su marido, después que éste se halla mal entretenido con Zutana!»

No se habla ni se juzga así del hombre que tiene á su lado una mujer adúltera, aun cuando él ni dé lugar á ello ni lo sepa. Por lo común, este infeliz vive siempre entre unas ausencias cáusticas, que suelen ser peores si llega á hacerse público el crimen de la pérfida mujer.

Pero ¿qué grave responsabilidad tendrá ésta por el perjuicio que acarrea á la prole? ¡Perjuicio enorme y cuyas resultas pueden ser irreparables!

Si una mujer de éstas lleva á su casa un hijo, fruto de su adulterio, ¿no conoces que aquel hijo extraño va á quitarles el pan de la boca á los propios del marido? ¿qué será si hereda alguna parte de los hijos? y ¿qué si hereda casi el todo, como puede ser, si hay en la familia algún mayorazgo vinculado? En estos casos el hijo adulterino usurpa, sin saberlo, los bienes, el título y los vínculos á los dueños legítimos del caudal. Él los poseerá de buena fe; pero la responsabilidad caerá sobre la madre. ¡Considera cuánta será la turbación, el remordimiento y la congoja de ésta, especialmente en la hora de su muerte, hora de desengaños, hora terrible, y en que debe conocer toda la gravedad y reato de su culpa!

—Sin duda, papá, decía Pudenciana, que ese lance debe ser muy duro y muy pesado. ¡Dios libre á todas de experimentar esos remordimientos! Por mí le aseguro á usted que primero deseo mi muerte que verme en semejante caso, si es que Dios me tiene destinada para el matrimonio; y ahora conozco que con razón las leyes son más rigurosas con las mujeres que con los hombres, porque éstas agravian é injurian al marido y perjudican á la prole. ¡Ojalá que todas las mujeres casadas entendieran bien estas cosas, quizá así no se prostituirían tan fácilmente!

—Yo me alegro que pienses de ese modo, dijo el coronel, y apreciaré que siempre cultives esos tan cristianos y honrados sentimientos.

—Ello es cierto, papá, que las mujeres deben ser buenas para ser buenas casadas. Ya he comprendido lo que me has enseñado acerca de las obligaciones que tienen de ser amables, honradas, fieles á sus maridos, cuidadosas de sus hijos y económicas con su casa y familia; pero ¿qué, conque la mujer sea buena, si el hombre es malo? En este caso, por más que haga, todo andará sin orden, y la mujer en un martirio de por vida.

De todo esto saco que es menester mucha discreción para elegir estado y mucho más para elegir marido, con quien se ha de vivir hasta la muerte. Yo quisiera que,

pues me has enseñado á consultarte todo con confianza, me dieras unas reglas para conocer á los hombres, por si estuviere de Dios que sea casada. Estas reglas me servirán de mucho, y quizá de su observancia penderá la felicidad de mi suerte.

—El mismo interés que te dicta la pregunta, tengo yo para darte la respuesta, dijo el coronel; pero no es fácil satisfacerte como quisiera, porque no lo es el señalar unas reglas seguras para el caso.

Muchos autores han tratado de prescribirlas y aun no faltó quién escribiese un libro con el título de *Arte de conocer á los hombres*, título á la verdad que promete mucho, pero que no se puede desempeñar por más que se trabaje.

Si los hombres fuesen sencillos, si no se disfrazaran tan seguido, no fuera tan difícil conocerlos; pero tienen sus fases ó aspectos como la luna, y las varían á cada instante, según y cómo les conviene, y he aquí en lo que estriba la gran dificultad de conocerlos.

Si tú vieras á un caballero en la antesala de un grande, con el sombrero en la mano, puesto en pie, con un semblante muy halagüeño y doblándose á fuerza de cortesías con más flexibilidad que el arbolillo tierno agitado de los violentos huracanes, dirías, sin duda, que aquel hombre era muy atento, bien criado, afable y humilde; pero si lo vieses después que

consiguió el empleo que solicitaba, si lo vieses, digo, en su casa, lo advertirías orgulloso, soberbio, grosero, déspota é insufrible con sus subalternos é inferiores, y entonces confesarías que fué tu primer concepto equivocado.

A pocas reflexiones que hagas sobre los hombres á este modo, verás que tienen distintas máscaras con que disfrazarse y que por lo mismo es harto dificultoso el conocer á fondo su verdadero carácter. Sólo un trato frecuente con ellos es el más seguro termómetro para discernir sus legítimos temperamentos.

No obstante, te daré algunas reglas generales para que las observes, asegurándote que, si no las olvidas, podrán ser muy conducentes á tu bien; pero será mañana, porque ya es tarde y tu madre está durmiéndose en la silla.

Con esto se levantaron, se fueron á recoger y el día siguiente, á la hora de almorzar, entró una criada de doña Eufrosina, dando un recado ridículo, como suelen usarse entre tales gentes; ¡ya se ve, que así se los darán en muchas partes!

—¡Ave María Santísima! decía la moza; muy buenos días dé Dios á sus mercedes. Que dice mi ama que cómo está su mercé; que cómo le va á su mercé; que cómo pasó la noche; que cómo está la señorita y la niña, y que

por allá está muy apesadumbrada la niña Pomposita; que aquí tiene su mercé este papel, y que á la tarde enviará el coche para acá, y que no dejen de ir sus mercedes.

Diciendo esto, entregó el papel á don Rodrigo, y éste, presente ya su esposa, que acababa de entrar de la recámara, leyó de esta manera:

«Muy señor nuestro:

»La desgraciada Pamela falleció ayer á las seis de la mañana, y deseosa toda esta casa de manifestar el aprecio que le mereció cuando vivía, suplicamos á V. y á su familia se sirvan asistir esta noche á las exequias que se le harán en la sala, en la que dirá la oración fúnebre el bachiller que será algún día don Leopoldo Arconas, cuyo favor perpetuarán en la memoria para su reconocimiento sus seguras servidoras, q. b. s. m. — EUFROSINA CONTRERAS DE LANGARUTO. — POMPOSA LANGARUTO Y CONTRERAS. — CARLOTA GÓMEZ DE WELSTER. — MARÍA ANSELMA RUBIO.»

—Está muy bien, dijo el coronel: dí que iremos allá esta tarde.

Fuése la criada, y doña Matilde decía:

—Está bien gracioso el tal convite.

—Otros he visto yo más ridículos y con letras de

molde, contestó el coronel; lo que me hace más fuerza es la bella disposición de tu hermana para gastar el dinero en boberías. ¡Vea usted qué cosas! Porque se murió una perrilla, armará esta noche una *frasca* de baile y merendada, cuyos costos no le bajarán de treinta ó cuarenta pesos. ¡Eh! ¡quiera Dios que no haga falta mañana ese dinero!

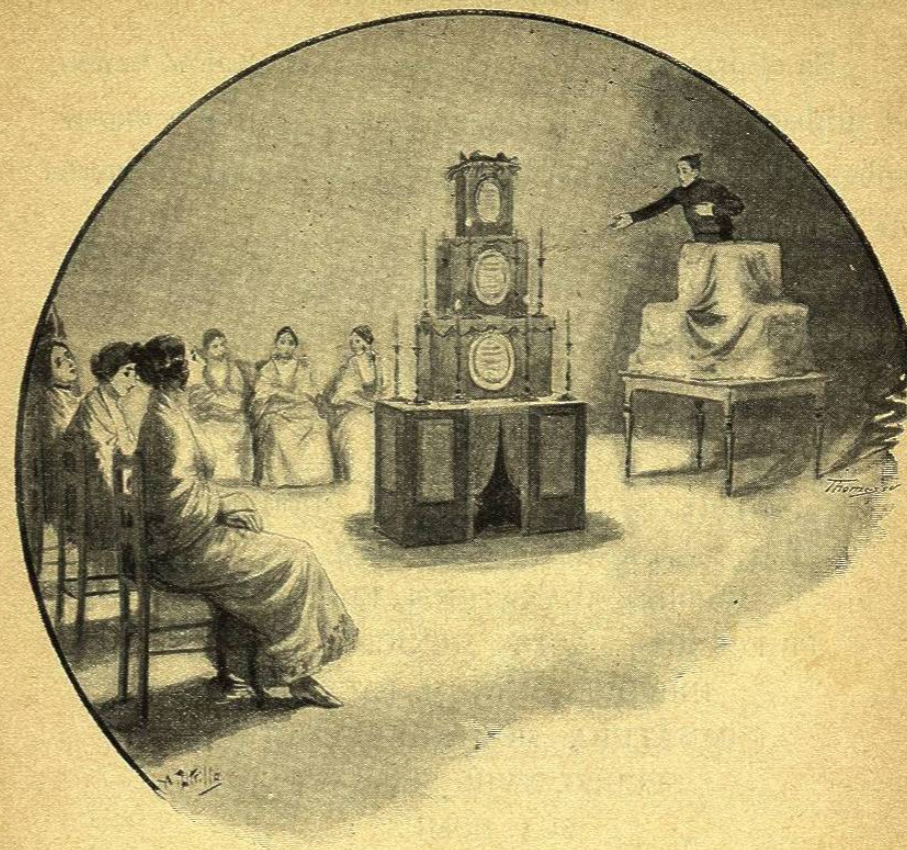
Lo que yo siento es que nos comprometen á desvelarnos y á pasar la plaza de gorriones; pero ¡cómo ha de ser! es preciso contemporizar á veces con los prójimos, porque si no, dicen que es uno insocial é intratable.

—Sí, papá, decía Pudenciana; yo deseo ir, no por bailar ni por comer, sino por oír la *Oración fúnebre en las honras de Pamela*. Ello ya me hago cargo que será una sarta de disparates; pero pasaremos el rato y nos reiremos un poco...; mas ahora que me acuerdo, papá; ¿qué, no me sigues diciendo lo de anoche?

—No se me ha olvidado; pero será en otra ocasión, porque ahora tengo que hacer.

En efecto, acabaron de almorzar; el coronel salió para la calle; yo me despedí también, hasta el medio día, que nos juntamos á comer, y después de esto y de haber reposado un rato, se vistieron doña Matilde y su niña, y se previnieron para esperar el coche de la hermana, que llegó cerca de las oraciones de la noche, con

mucho gusto de Pudenciana, que no veía la hora de ir á la casa de su tía para aumentar el lucimiento á las honras de Pamela, de las que se tratará en el capítulo que sigue.



CAPÍTULO XXV

En el que se da razón de las famosas exequias con que honraron la muerte de Pamela doña Eufrosina y la niña Quijotita

Inmediatamente que llegamos á la casa mortuoria nos sorprendimos con el aparato que encontramos; pues, á más de que la sala estaba completamente iluminada y llena de gente lucida, en medio de ella estaba colocada una muy curiosa pira.